

cura y vigilia de su destino y suerte, joven aún el corazón, avivada la fantasía por los rayos de unos ojos amantes y amados, encendida la sangre por los suspiros de la pasión, exaltada la fe por las creencias compartidas con la mujer amada, el deseo de lucro y de gloria, y hasta de penitencia, nuevamente aguijonearon al profeta y lo impelieron á granjear aquellos mares y aquellos cielos que ofrecer al Dios de sus padres y al hijo de sus entrañas, en la mezcla de creencias piadosas y gustos pecaminosos que caracterizaron á los héroes del Renacimiento, y que constituían algo del carácter de aquellas generaciones.

---

---

## CAPÍTULO IX

---

### COLÓN ANTE LOS NOBLES ANDALUCES

**L**os italianos del Renacimiento, por su reconocida superioridad intelectual sobre los Estados centrales, aparecían, doquier se presentaban, como aparecen los griegos en todo el Oriente, como guías y maestros de los mismos á quienes, por súbditos ó esclavos, estaban sometidos y sujetos. Así ejercían influencia en Lisboa, en Sevilla, en donde quiera que un centro de ideas ó un centro de contrataciones fijaba la general actividad. Y no hay duda en lo arriba expuesto: ellos, y sólo ellos, facilitaron las relaciones del piloto con los grandes señores á quienes todos consideraban verdaderos soberanos andaluces. Hacía bien el piloto acercándose al Guzmán que reinaba en aquella sazón sobre los dominios comprendidos bajo el común denominador del título de Medina-Sidonia. En el vocabulario de un hom-



bre tan fuerte no debía constar la palabra imposible. Su voluntad revosaba de todo límite. Allí donde ponía el deseo, ponía la mano. Coronas sin número estaban amontonadas á sus pies férreos, más que sobre su cabeza, coronada ya de sobra por el casco feudal. Pechos múltiples, tributo de siervos innumerables, henchían sus arcas, las cuales contaban además, con el suplemento casi diario de los despojos conseguidos sobre la rica morisma en correrías de combates sin término y depredaciones sin número. Un ejército terrestre campaba en torno de sus fortalezas, todas por campamentos rodeadas, y una escuadra, siempre á su merced, flotaba sobre las desembocaduras de sus ríos y sobre las costas de sus mares señoriales. La extensión infinita de dominios, la copiosa cosecha de lucros, el campo abierto á sus heroicidades nativas, el mar hasta entonces inexplorado ante sus ojos de águila, debían de veras tentarle; pero no pudieron moverle á causa del terrible conflicto empeñado entre las clases aristocráticas y el poder monárquico en dos lustros de tanta importancia como aquel que antecedió á la presencia de Colón en España y aquel que con la presencia de Colón en España coincidiera. Muchos historiadores en boga investigan las menores minucias de causas pequeñas y segundas, apenas merecedoras de mención histórica, y menosprecian las causas universales y primeras que lo producen todo y lo mueven y lo determinan. El Duque de Medina-Sidonia hubiese patrocinado el plan de Colón, quizás con mayores medios que Portugal, que Génova, que Venecia, que Francia é Inglaterra mismas, donde no

tenían, por el fraccionamiento propio de la Edad Media, todas las fuerzas y todas las riquezas necesarias los Estados, como las tenía un magnate del fuste y del poder de los magnates andaluces, metidos por su cuenta y riesgo en una reconquista como la del reino granadino y en una guerra perpetua con sus émulos, aunque parientes y afines; pero la pretensión, antigua en los Reyes, decididos á desarzonar sus nobles y someterlos, de mandar y dirigir ellos todas las grandes obras iniciadas dentro de sus dominios, coartaban la voluntad y el poder aristocrático en cosa tan grave y trascendental como las exploraciones de nuevos mares y los descubrimientos de nuevos mundos. El historiador de la casa de Niebla dice que, por motivo y razón de un mandato real, prohibiendo al Duque la residencia en Sevilla, para impedir sus continuos combates con el Marqués de Cádiz, que hasta las calles de la gran capital ensangrentaban, fué imposible toda inteligencia entre los poderosísimos Príncipes y Cristóbal Colón. Pero la expulsión de Sevilla era un incidente, y sólo un incidente menor en el épico encuentro, último casi, del patriciado feudal con la fuerza y autoridad monárquicas. Cuando el poder monárquico estaba flojo y desmayado, ya por culpa de quien lo ejercía, como en los tiempos últimos del cuarto Enrique, ya por circunstancias adversas, como en los primeros tiempos de Fernando é Isabel constituíanse monarquías parciales frente á la monarquía central, como la que constituyó D. Pedro Girón, por ejemplo, quien mandaba ejércitos y expedía embajadores. De aquí, de tanta debilidad en el centro y de tanta fuerza



en la circunferencia, continuas guerras. Pues bien: un monarca semejante á D. Pedro Girón era el duque de Medina-Sidonia. Cuando su rival, el Marqués de Cádiz, en Alhama sucumbía, sublime rasgo de generosidad mostrado por el Duque de Medina-Sidonia, reveló á los Reyes cómo los podría obscurecer aquella omnipotente aristocracia de Andalucía si llegaban los magnates á entenderse y unirse. Conquistador Cádiz de Alhama, veía sobre sí todas las fuerzas del rey Hassem y estaba irremisiblemente perdido si en su auxilio no iba cualquier potentado andaluz. En todos hubiera pensado el Marqués entre los apuros del asedio moro; en todos, menos en su enemigo hereditario el Duque de Medina-Sidonia. Pero lo que jamás hubiera pensado el entendimiento de tal héroe, lo hizo el corazón de su mujer. Juzgando al rival por sí misma, por sus propios impulsos nobilísimos, por su nativa caridad inagotable, por su abnegación y su grandeza morales, creyó que no podía negarse al ruego de una esposa y de una cristiana, poseída por supremas angustias, y envió un emisario á la fortaleza de Arcos, donde Medina-Sidonia residía, en busca del deseado socorro, invocando la cruz que todos adoraban y la tierra en que todos vivían. No la engañó su confianza. El duque recibió al embajador de la Marquesa como á un amigo, y resolvió, después de oída la embajada, correr al remedio de tanto mal, y salvar al caballero andaluz con abnegación de su propia persona y sacrificio del desquite á sus agravios. Seguidamente mandó urgentísimas órdenes á los adelantados de sus fronteras, á los alcaldes de sus villas, á los jefes de sus tropas,

á los monteros de sus cazas, á los jinetes de todos sus dominios, y aun á los voluntarios de los contornos que quisiesen ganar en la tierra prez y en el cielo dicha, llamándoles á una cruzada en que, asistidos de armas y municiones, ganarían muchos despojos y muchas indulgencias, porque los necesitaban religión, patria, honor, en socorro de aquellos cuyo ardor mantenía la cruz de Cristo sobre los altos de la combatida y triste Alhama.

Pocas veces había visto Andalucía ejército semejante. Bien es verdad que por el Duque debieron escribirse las romancescas frases, repetidas en todos los libros caballescicos, de que su descanso era pelear. Su cama, cubierta de rica holanda, pocas veces recibía en los blandos colchones aquel su cuerpo metido dentro del hierro de su armadura, la cual parecía tan sobrepuesta como su misma carne á sus huesos, según lo á ellos adherida y lo inseparable de su persona. Engendrado en la guerra, nacido para la guerra, puesto desde su infancia en condiciones de que fuesen los combates á su vida tan propios y necesarios como la respiración, peleaba en todas partes y en todo momento, ya en correrías contra los moros fronterizos, ya en batidas á las fieras de sus propios montes, según demandaba de los grandes aquella centuria, en la cual trababan su combate postrero el feudalismo y la realeza. El socorro de Alhama consiguió tal importancia, el ejército contó número tanto, la reunión de caballeros andaluces fué tan grande, que los Reyes Católicos, á la sazón asentados por negocios públicos en Medina del Campo, comprendieron cómo necesitaban personarse allí



en aquel sitio y tomar la dirección de aquellas huestes, si no querían que la nobleza levantisca de tal tierra eclipsase la luz y disminuyera el poder de su naciente Monarquía. Véase la reina Isabel imposibilitada en aquel momento de asistir á tales peligrosas empresas por su avanzadísimo estado de preñez y el Rey se fué á uña de caballo. Cuando se acercaba el ejército de Medina Sidonia en esta sazón al cerco mantenido por Hassem en persona, y se acercaba Fernando á este poderoso ejército, el rey moró tuvo que abandonar su puesto y retirarse á su Alhambra. Las crónicas árabes lo describen á los pocos días del regreso á Granada pasando á sus tropas una revista para volver al cerco de su Alhama. Pasó, efectivamente, caballero en su trotón de guerra, el cual parecía enorgullecido con sus áureos arreos sembrados de pedrería, y con sus gualdrapas de púrpura y tisú, que relumbraban como las reverberaciones del sol al tocar en su ocaso tras los montes de Loja en tarde serena de granadino estío. Los anchos estribos, sobre los cuales descansaban sus regios pies, valían dos coronas de las perdidas por las gentes fieles al Islam en las tierras del Andaluz. Túnica de no menor precio, jaique bordado por las huríes en el harén, botas curtidas en el reino de Fez y realzadas con sedas de mil colores, alfanje de Damasco, en cuyo mango los esmaltes más lucientes con sus matices varios, y en líneas intrincadísimas, se mezclaban con rica pedrería; turbante blanco, propio de los califas, y, sobre aquel turbante, áureo casco, propio de los reyes, uno y otro con leyendas del Korán y preseas y amuletos para con-

jurar el mal y traer el bien, adornaban de tal suerte á su persona, que parecía un sér sobrenatural, salido de lejano santuario y revelado á los mortales con tanta riqueza para que se avasallasen y se rindiesen á su inteligencia divina y á su voluntad omnipotente. Mas la desgracia, como un cuervo siniestro, aleteaba sobre su frente, porque Medina-Sidonia recogió un ejército feudal contra su Alhama, y á la cabeza de tal ejército se puso el rey Fernando, en demostración de la supremacía que se arrogaba el poder monárquico sobre su antes rebelde y desvariada nobleza. Pues bien; si esto pasaba por 1482, cuando el principio monárquico estaba todavía convaleciente de los asedios puestos á su trono en los principios del reinado de los Reyes Católicos, imaginaos lo que sucedería cinco años más tarde, poco más ó menos, cuando Colón presentaba un mundo á Medina-Sidonia. Los Reyes se hubieran opuesto con todo su poder y la voluntad firmísima del Duque se hubiera estrellado contra tal fuerza incontrastable.

Mayores ventajas ofrecía indudablemente á Colón su trato con el Duque de Medinaceli, no tan tachado, por cierto, de guerrero y conquistador feudal como el atrevido Medina-Sidonia, y más propenso, por una especie de atavismo antiguo y de propia peculiar índole, á las expediciones marítimas. El Duque habitaba recinto tal como el Puerto de Santa María, desde cuyos muelles y ensenadas habían zarpado muchas y muy varias expediciones, lo mismo á explorar en la tierra firme africana, que á descubrir y tomar posesión del archipiélago canario, com-